

Equipaje trasatlántico

Etiquetas de hotel

Colección de Ignacio Martínez-Villalba T.



A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX, enormes trasatlánticos atravesaban el océano repletos de viajeros. Al pisar el continente, los turistas comenzaban jornadas a lo largo de ciudades, puertos, hoteles. Las maletas eran lujosos baúles revestidos de cuero y viajar todavía representaba un privilegio casi exclusivo de la élite.

Las etiquetas de hoteles surgieron en esta edad de oro de los viajes, junto al desarrollo de nuevas técnicas de impresión. Al parecer, el primer hotel que creó su propio sello fue el Savoy de San Remo, ubicado en la costa de Italia.

Pegadas a la piel de las maletas, las etiquetas no solo cumplían una función publicitaria para el hotel. Para el viajero eran la prueba de su recorrido por los lugares más exóticos de Europa, América, Oriente o el norte de África. Era común ver a las damas arrebatarse a los botones la maleta forrada en sellos, para exhibirla con orgullo ante otros viajeros a través del lobby.

Los empleados de los hoteles, por su parte, tenían todo un código para comunicarse mediante estas etiquetas. Las pegaban en un lugar específico del equipaje según la clase de huésped: si se trataba de un visitante recurrente, si era rico, si daba propinas o era tacaño.

Desde finales de los cincuenta esta tradición comenzó a perderse con la proliferación del turismo de clase media, las nuevas maletas, las nuevas formas de viajar y de quedarse.

Con el tiempo, estas etiquetas se han convertido en objetos de colección. En algunos casos conservan su espíritu original, como los sellos acumulados en los viajes del nieto del maletero francés Louis Vuitton –colección lanzada como un paquete de postales en 2010–. O son reunidas al azar, después de ser arrancadas de maletas desconocidas o sacadas de baúles de anticuarios, como esta serie, testimonio de muchos viajes anónimos. ●





